

sus fiestas periódicas y los campos en donde van á buscar año por año el fresco y la distraccion, olvidando esas antipatías que habian dejado desiertos todos los lugares de recreacion y los salones que siempre habian resonado con los festivos y sonoros ecos de la alegría y la fraternidad.

Como he andado hoy mucho visitando á algunas familias, paseando por algunas huertas y el calor es ya sensible para mí, ceso de escribirte, María, anunciándote mi salida muy de madrugada para llegar á buena hora á Colima, de donde volveré á escribirte.

Adios, amiga mia.

XVIII

COLIMA.

QUERIDA MARÍA.

Es una bonita ciudad, cuyos alrededores son fértiles y pintorescos. La naturaleza se ostenta por doquier galana y pomposa, excediéndose, digamoslo así, en una exuberante vegetacion. Todo en ella es colosal y magnífico: la palmera gigantesca ondea su elegante penacho sobre las elevadas copas de los árboles, que á porfia pugnan por pre-

sentarse á la vista: el tamarindo, el mamey de grandes hojas, el guayabo, la primacera, el camichin, la higuera de tortuoso tronco, el café y otros arbutos aromáticos, luciendo majestuosamente entre toda esa gala de vegetacion el gallardo plátano, cuyos tallos ondean dulcemente al suave soplo de la brisa.

Si Colima tuviera un clima más benigno y el calor no fuera tan intenso, se podría decir que era la morada de los espíritus celestes ó el paraíso donde el hombre viera la luz primera; pero el calor sofocante hace molesta la residencia en ese lugar tan hermoso, especialmente para las personas procedentes de los climas templados, que desde bien temprano comienzan á experimentar los efectos del calor y buscan ansiosamente los baños de agua fresca para recibir consuelo.

La ciudad de Colima, en la parte material de sus edificios, está todavía en la infancia, porque apenas data la construccion de los más modernos, de

diez años, época en que el Manzanillo fué habilitado puerto de cabotaje. Las casas antiguas, que ocupan aún una gran parte, son bajas y pesadas, con los techos cubiertos de tejas, circunstancia indispensable, segun los antiguos moradores, para contrariar los terribles efectos de los terremotos periódicos; sin embargo, actualmente se hace poco caso de esa pretendida exigencia, y se consulta en la nueva construccion un gusto mas artístico y perfecto.

Yo llegué á esta ciudad el dia 29 de Enero á las cinco de la tarde, é inútil es decirte que dando rienda suelta á mi espíritu curioso é investigador, me eché á andar por esos mundos de Dios, dirigiendo mi excursion para el centro de la ciudad. Llegué á la plaza de armas, que es de regulares dimensiones con un embanquetado de ladrillos, su hilera de naranjos y sus asientos de mampostería. Tres ángulos les forman portalerías, siendo la mejor y recién construída la del Diamante, de arquitectura gótica: el cuarto ángulo lo forma la fa-

largo período de un año, no he sabido que álguien haya muerto por la picadura del niño. Hay tambien otro animalito muy pequeño, que nombran adomen, y es un gusanito fosfórico que se vé pocas veces en la superficie de un suelo húmedo, y más bien se encuentra en las excavaciones: igualmente se teme de este insecto. Con la noticia que anticipadamente recibí de estos bichos en el camino de Colima, te debes figurar que tendria yo mis temores al acostarme, temores que me han durado el tiempo que llevo en esta ciudad, pues ellos me hacen ser minuciosamente escrupuloso con mi cama, al ponerme la ropa y el calzado. En fin, con temores ó sin ellos, dormí perfectamente la noche de mi llegada y al otro dia continué mis excursiones artístico filosóficas por la ciudad. Efectivamente, al alba me despertó el canto de un numerosísimo coro de gallos, que los hay aquí en abundancia, y solo traté de levantarme, pues aunque estábamos en la estación del invierno, en esta ciudad, siem-

pre es verano, y mas bien experimenté mucho bienestar con la tibia temperatura.

Despues de tomar mi almuerzo, salí á la calle para seguir haciendo mis observaciones y estudiar el terreno. Efectivamente, aunque la ciudad de Colima lleva muy pocos años de haberse erigido en capital del Estado, sin embargo se notan en ella muchos adelantos en la parte material, en sociabilidad y refinamiento de las costumbres. Personas que conocieron diez años atras la ciudad, y muchas de las principales familias, hacen reminiscencia de sus costumbres y su modo de vestir que era por cierto muy modesto, porque los hombres apenas conocian el uso de la levita y el sombrero alto, y las señoras vestian poco más ó ménos como la gente del campo: pocas gastaban el vestido usado á la última moda. Se llevaba en Colima una vida patriarcal y todo el mundo estaba encerrado en su casa á las ocho de la noche. Hoy ¡qué diferencia! el contacto de las familias ale-

manas y del interior del país, que se han establecido, el aumento del comercio y el cultivo del café, han verificado una completa trasformacion en todo. Colima está montada en la actualidad como una de las mejores capitales del interior, porque se edifica á la moderna, consultando los mas bellos órdenes arquitectónicos; los hombres y las señoras visten con lujo y á la última moda; las reuniones son frecuentes y del mejor tono; el piano resuena en muchas casas; los baños son numerosos; así como bien servidos los seis hoteles que posee la poblacion, y el paseo de la Albarradita, lugar encantador en donde campea la gallarda palmera; el plátano, la chirimoya é innumerables arbustos y flores, es muy concurrida. Estos son los milagros que verifican la inmigracion y el comercio; en un instante ejecuta sus metamórfofis, de un páramo hace una ciudad y de un bárbaro un hombre civilizado.

En la primera noche de mi llegada hice relaciones con Jesus Gonzalez, ja-

liciense, pianista de talento, establecido en Colima; su amistad me sirvió mucho para relacionarme con algunas de las familias principales, y cada presentacion mia era un acontecimiento para mí, porque se me festejaba como á un antiguo conocido, se me obsequiaba, y los dueños de la casa manifestaban cultura y francas maneras, sin esa mezcla chocante de tirantez y falsedad de otras sociedades gastadas.

El viajero que llegue á Colima, en dos ó tres dias puede conocer de vista las principales familias, porque á causa del calor, cuando por la tarde sopla la brisa del mar, se sacan asientos á las aceras y ahí forman su tertulia, recibiendo en el estrado improvisado á todas las visitas que llegan. Yo paseaba diariamente á caballo, y con este motivo tenia oportunidad de ver á las lindes colimenses, que muchas con el pelo suelto y respirando frescura, por el baño que acababan de tomar, yacían reclinadas en sus sillones, aspirando el aroma de un buqué ó de una florécita,

penachos las palmas de coco y los platanos sus gigantescas hojas, así como la perspectiva se ensancha y extiende hasta terminar en los elevados volcanes.

En el corredor ó frente de estos baños generalmente hay un jardincito, hamacas colgadas para tomar fresco y algunos vendedores de frutas; se acostumbra despues del baño, y sentado en una hamaca, tomar agua de coco que el bañero con su machete afilado destapa de un tajo diagonal; entonces se empuña la fruta con ambas manos y se apura la sabrosa agua que contiene nitro y es por esto muy refrescante. Estos cocos divídense en dos clases: de cuchara y media cuchara; los primeros tienen la pulpa gruesa y suave, y los segundos delgada, y ambas se toman raspándolas con una cuña que se forma de la misma corteza. La tuba es otra producción de la palmera y es un agua blanca que se toma fermentada y es muy sabrosa: ésta se extrae cortando el extremo del cogollo y colgando en él una olla, que

está llena en pocas horas, y causa admiración ver la agilidad con que un hombre sube por el tronco del árbol, por unas escopleaduras que practican hasta el penacho, montándose en una palma ó tallo para recoger su agua que deposita en un calabozo que lleva con tal objeto.

Todas las frutas de tierra caliente son bastante grandes y de muy buen gusto, especialmente el melon, la sandía, la chirimoya y los mangos; de éstos hay de varias clases. La naturaleza en el Estado de Colima es exuberante, como que está asentada sobre la costa, y el mar dista apenas veinte leguas. Cuando yo llegaba á la línea divisoria de dicho Estado, á pesar de que dejaba la vegetacion de Michoacan que habia hallado grandiosa, en comparacion de la de México, juzgaba aún mas bella y colosal la de Colima, por sus gigantescos árboles y la multitud de arbustos y plantas que yo veía por primera vez. ¡Lástima que el calor que hace en este país, neutralice en mucha

parte los placeres que se disfrutaban en él, que de otro modo seria un paraíso! Si de las diez en adelante el calor se deja sentir con alguna fuerza, de las doce hasta las cuatro es insoportable, y las gentes recurren á la hamaca, se bañan ó cambian de lugar, creyendo encontrar consuelo; pero de las cuatro en adelante ya es otra cosa, como dije arriba, y esto obliga á que las familias estén casi siempre fuera de la casa y frecuenten los paseos y la plaza de armas de noche, especialmente en las de retreta, que generalmente son dos á la semana. En éstas pueden verse á las jóvenes con vestido ligero de verano, luciendo sus lindas cabelleras sueltas que bajan á dos terceras partes del cuerpo, ó un sombrerito de paja de arroz y cintas de color; morenas y rubias, y todas ardientes como la naturaleza de fuego que las produce, y todas insinuantes porque su sangre hierve en sus venas, y muchas haciendo lucir sus gracias, que enloquecen al que las mira, por muy poco sensible que parezca. ¿Ni có-

mo ser indiferentes á unos ojos negros, cuya pupila lanza los dardos del fuego tropical, á esas manos y piés diminutos, á esas blondas cabelleras que ondean al tibio soplo de la brisa, ni á tantas gracias que se presentan con todo el atractivo que inspira el ardoroso clima, que tan bella y lozana presenta á la naturaleza? Los bailes y todas las reuniones son tentadoras, porque hay en el bello sexo esa gracia que toca á la desenvoltura, se vierten especies bastante libres que, escuchadas por primera vez, causa extrañeza sean salidas de unos labios de rosa, pero que despues la costumbre de oirlas con frecuencia, las hace parecer muy naturales.

La sociedad de Colima es exclusivista en cada una de sus clases, por lo que en sus diversiones es intransigente y pocas veces se hacen partícipes las unas de las otras de sus respectivas reuniones. Los bailes de la aristocracia, que se compone de los alemanes almacenistas y las principales familias de la ciudad, son de bastante buen gusto y de

un refinado carácter aristocrático que nada deja que desear, señores y señoritas se presentan con verdadera elegancia en el traje y el tocado, la orquesta, el adorno de la sala y el ambigú corresponden en un todo. Los bailes de la clase media no por eso son inferiores; al contrario, reina en ellos una circunstancia que los hace mas atractivos: la franqueza y la cordialidad, así como el buen gusto y el lujo en los vestidos, únicamente está desterrada la tirantez y prosopopeya peculiares de los de alto coturno. Los bailes y diversiones del pueblo se separan completamente del carácter de los anteriores y son esencialmente nacionales, con su tipo provincial que los distingue de los demas pueblos de México. Su modo de bailar es distinto, su canto tambien particular, y el uso del violin y el arpa, que poco se conocen en otra parte, allí son de rigor, en los bailes del pueblo, y particularmente el arpon, cuyo extraño sonido es de un tono indefinido, que más bien remeda al de un cubo arrojado á

una nória ó pozo profundo. Jamás se verá diversion donde no se toque esta arpa singular, ¿Qué más? hasta en los entierros de los niños lo llevan suspendido del cuello en un cordon, y la parte superior del instrumento es conducida por un muchacho.

A propósito de estos entierros diré una cosa particular.

Tan luego como muere el chico, se le viste con el traje de algun santo, se le enflora y coloca en unas andas que hay *ad hoc*: se invitan multitud de muchachos para que vayan en la procesion con cañas y banderas, la música de cuerda detras del muerto, añadiendo al conjunto una salva de cohetes y repique á vuelo. Es esto tan original, que una vez murió el hijo de un vecino rico, y á mas de la inseparable farándula de costumbre, llevaba por añadidura la música militar y se repicaban las campanas de todas las iglesias, causando un efecto tan súbito, que todas las gentes se asomaban á sus ventanas, creyendo seria la plausible noticia de algun triunfo ú otra

cosa de mas consideracion, y cuando veian el chasco se retiraban mohinas algunas y otras riendo de ver que tanta batahola solo era por un muerto.

Otra de las costumbres de la poblacion, es la que hay establecida anualmente por las fiestas de San Felipe, que se compone de una octava de bailes y corridas de toros, iluminaciones y grupos de pueblo recorriendo unos las calles con sus alegres músicas, y otros situados en muchos puntos de la plaza. La organizacion ó preliminar de cada uno de estos dias de fiesta, merece una mencion particular, por la rareza que en sí encierra y que llama por eso la atencion de los forasteros. Desde las ocho de la mañana comienzan á reunirse centenares de individuos en la casa de la persona que patrocina el recibimiento, título que dan á la ceremonia de ir á encontrar el ganado para el toreo; cada uno de estos individuos vá á caballo llevando una bandera, segun la nacion á que pertenece. Estando los convidados reunidos, se les obsequia

con un opíparo banquete, en el que brillan los guisados mas exquisitos, y se cruzan las copas y vasos de vino generoso y el hirviente champagne, reinando una alegría y una fraternidad encantadoras. Concluido el almuerzo, se dirige la comitiva al *recibimiento*, que es regularmente á extramuros de la ciudad, llevando bandas de excelente música acompañada de una salva atronadora de cohetes y repiques á vuelo. Fuertes latidos del corazón anuncian á los recibidores que en una polvareda que se distingue á alguna distancia, vienen los feroces animales que horas despues partirán embravecidos tras los audaces toreros. En efecto, llegan á poco y se mezclan á la inmensa multitud, que compacta recorre las principales calles, y á la plaza que hay dispuesta de antemano, entran en medio de los alegres ruidos de una fiesta bulliciosa y atronadora.

Cuando todos los caballeros entran á la arena, parten la plaza con varias figuras vistosas, que traen el recuerdo

de las que verificaban en los torneos los caballeros de la Edad Media, por el carácter romanesco y aire belicoso, y concluyen á todo correr en medio de una nube de polvo, de los aplausos de la multitud y los dulces acentos de la música, saliendo en seguida el imponente toro de once, que rabioso sigue á todos los objetos que se le ponen delante, con lo que se dá fin á la función de la mañana. A las dos de la tarde afluye de nuevo la concurrencia, que ávida toma las lumbreras y asientos de la plaza para presenciar la corrida de las cuatro, en la que se lidian seis toros de las haciendas más acreditadas. A la noche, en el baile que da generalmente el que hizo el *recibimiento*, brillan los ardientes ojos de las hijas de Colima; y en los que el pueblo se da en los ámbitos de la plaza, las gracias artísticas de los cantadores, en las que sobresale el extraño *tin tan* del arpon referido.

Positivamente, la población de la República de México es alegre por carácter, y concurren para ello, en mi con-

cepto, su procedencia en su mayor parte andaluza, pero más que todo influye su benigno clima, la inspiración poética de su cielo, sus vergeles floridos, sus risueños valles, sus espléndidas montañas, sus lagunas apacibles, en las que se retratan como en un espejo los verdinegros bosques y los millares de pueblos que tienen á su alrededor, y toda la naturaleza, en fin, que en pocas partes se presenta tan galana y poética como en México. El aspecto encantador de esta parte del continente y el amable carácter de sus habitantes, retienen por más de una vez al extranjero que no gusta ya de la severidad de la sociedad europea, en su mayor parte austera, estirada, egoísta y cuyo corazón está gastado por el interés y por esas pasiones sordas, que son el patrimonio de una civilización alambicada. El extranjero vé en los mexicanos, seres nuevos en cuyas costumbres puras brilla aún el tipo sencillo de los primeros tiempos de la naturaleza; compara sus gustos, sus diversiones y sus ten-

deñcias, con los gastados y enmohecidos de los moradores del Viejo Continente, y su alma se plega dócil á esa hermosa y encantadora sencillez, concluyendo con fijar definitivamente su domicilio en las tierras de Colón, desde donde da su último adiós al país que lo vió nacer.

Pero si los pueblos de México, en general, son alegres por carácter, hay algunos que sobresalen, y entre éstos se puede contar á Colima, que en todas sus diversiones y aniversarios, resuena con una alegría más extrepitosa, con una tendencia por todo lo que sea el pasatiempo y el placer que se hace notar inmediatamente de los que visitan la población por primera vez. Una de las épocas apacibles de mi vida, ha sido para mí seguramente la que pasé en Colima, porque en esta ciudad encontré lo que busca una alma sensible y apasionada: el sentimiento, la majestad de la creación y la sociabilidad y francas maneras de un pueblo impregnado, digámoslo así, de los aromas de esa ve-

getación colosal y siempre lozana, que se perciben en los actos y las costumbres de los colimenses. Pero como el hombre no es dueño de sí mismo y tiene que someterse, las más veces, á los decretos del destino, yo no pude permanecer más tiempo en un país que tantos momentos de verdadero placer me ha dado; no, no pude; mi destino ordenaba siguiese adelante en mi viaje artístico y que visitase otras ciudades y pueblos, que me darian nuevas lecciones y dejarían en mi memoria otros recuerdos.

Me voy para Guadalajara, de esta ciudad te hablaré en la siguiente carta.

Adios.

F. S. G.